

MIGUEL RUIZ PRIETO: UN HISTORIADOR UBETENSE DEL XIX PARA EL SIGLO XIX

Por Adela Tarifa Fernández
Consejera del Instituto de Estudios Giennenses

*Para Luis Monforte, porque sabe valorar
el trabajo de los historiadores locales.*

RESUMEN

En este trabajo se rinde homenaje a los historiadores locales, especialmente al ubetense Miguel Ruiz Prieto. También se plantea el tema de la «utilidad social» de la ciencia histórica, se exponen algunas de las causas que han provocado el desinterés de muchos ciudadanos hacia temas históricos, y se sugieren métodos para que la disciplina histórica resulte atractiva a la mayoría del pueblo, aproximando la didáctica y la investigación histórica.

Resumé

Dans cet ouvrage nous voulons rendre hommage aux historiens locaux, tout particulièrement à Miguel Ruiz Prieto, originaire d'Úbeda. Nous désirons également y traiter le problème de «l'utilité sociale» de l'Histoire, exposer quelques unes des causes du désintérêt de beaucoup de gens pour l'Histoire, et suggérer des moyens de rendre cette discipline atrayante pour le public le plus large possible, en rapprochant didactique et recherche historique.

1. MIGUEL RUIZ PRIETO: VIDA Y TIEMPO HISTÓRICO

EL 12 de abril del pasado año 1999 se cumplieron los cien años de la muerte en Úbeda de Miguel Ruiz Prieto, el más importante historiador local que esta ciudad ha tenido, a quien todos los que nos dedicamos al difícil oficio de la investigación histórica hemos recurrido alguna vez como referente obligado. Sin embargo, su valioso e ingente trabajo en los archivos ubetenses no siempre ha tenido el reconocimiento público que merecía, permaneciendo su obra inédita hasta 1906, cuando, por una iniciativa particular, y bajo la dirección de Alfredo Cazabán Laguna, comenzó a editarse una parte de sus manuscritos en cuadernillos semanales. Pasarían muchos años antes de que la Asociación cultural ubetense «Pablo de Olavide» realizara una nueva y más completa edición, pero de corta tirada y carente de un completo Estudio preliminar, obra que se agotó casi el mismo año de publicación, en 1982. Afortunadamente, el Ayuntamiento de Úbeda y la Universidad de Granada han hecho posible que este año, coincidiendo con el centenario de la muerte de Ruiz Prieto, se realice una edición facsímil de los cuadernillos que salieron en 1906, complementada con un amplio Estudio preliminar, que yo he tenido el privilegio de realizar. En este Estudio, además de comentar la obra de Ruiz Prieto, he plasmado los resultados de largas horas de investigación que dieran alguna luz a las muchas incógnitas que guardaba la trayectoria vital de Miguel Ruiz Prieto, trazando paralelamente una breve semblanza de la España en que él vivió y de contexto histórico general de Úbeda entre mediados del XIX y principios del XX.

Con este trabajo he querido rendir un homenaje a Miguel Ruiz Prieto en particular y a los historiadores locales en general, porque creo que hay que levantar la voz frente a los que condenan este modo de hacer historia desde el ámbito más próximo y anatematizan el modelo narrativo como algo opuesto a la llamada «ciencia histórica», olvidando que toda investigación histórica es buena si se realiza con rigor, y que el verdadero problema suele estar en la interpretación y el uso que se haga de sus datos. Por ello, mientras escribía el Estudio preliminar para esta edición facsímil, sentí la obligación de redactar un artículo en el *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* en homenaje a nuestros buenos historiadores locales, entre los que figura don Juan Sánchez Caballero, Consejero del Instituto de Estudios Giennenses y buen amigo, recientemente fallecido en Linares. En él, además de trazar unas breves pinceladas sobre la vida de Ruiz Prieto, quiero plantear el polémico tema de la «utilidad social» de la historia como ciencia,

particularmente en lo que se refiere a la historia local, tantas veces denostada por la historiografía reciente.

Miguel Ruiz Prieto nació en Úbeda el 18 de diciembre de 1831, en una casa de la calle de San Nicolás, que hoy recuerda su memoria con una placa conmemorativa en la fachada. Su familia era humilde, dedicada a tareas agrícolas en unas tierras que tenían en El Campillo. El niño fue bautizado el día siguiente de su nacimiento en la parroquia de San Nicolás, muy próxima al domicilio familiar. En este domicilio creció y vivió los años de la infancia y juventud nuestro historiador, un testigo excepcional de la complicada historia de España de aquellos años, y de las infinitas penalidades que padecían gran parte de los vecinos de Úbeda, azotados por el hambre, las enfermedades y los partidismos políticos.

Nuestro historiador abandona Úbeda por vez primera en 1851, para hacer el Servicio militar, que le llevó desde las tierras de Jaén hasta Cataluña con 19 años cumplidos. En el ejército permanecerá ya toda su vida, convertida la vida militar en oficio, posiblemente arrastrado por el destino que le hizo vivir en una España cargada de conflictos bélicos y muy militarizada políticamente, porque sus rasgos de personalidad no parecen aproximarlo al espíritu bélico ni al afán de protagonismo ni liderazgo político propio de muchos militares de entonces.

El tiempo histórico que le tocó vivir le permitió recorrer parte de la geografía española y norteafricana, y lo puso muy pronto en primera línea de combate, tomando parte en acontecimientos vitales para la historia política española de entonces. Siempre se mantuvo fiel a sus ideas liberales, luchado en estas filas en los sucesivos pronunciamientos que protagoniza el ejército, circunstancia que le permite ascender en su carrera en pocos años. En el año 1859 participa en la Guerra de África, siendo herido gravemente en una rodilla, por lo que logra más condecoraciones y es ascendido a Subteniente de Infantería. Fue entonces cuando pudo regresar por fin a Úbeda, para recuperarse. Poco tiempo después volverá a la guerra, participando en nuevas revueltas liberales, especialmente en la que acabó derrocando a Isabel II, mientras un nuevo ascenso se añade a su hoja de servicios, y retorna a su ciudad con un permiso por «asuntos propios», en 1869. Los acontecimientos políticos que luego siguieron incrementaron los méritos militares de nuestro historiador, participando en las guerras carlistas, en la toma de Balmaseda, siendo ascendido entonces a Comandante de Infantería. Nuevas acciones de guerra añadirán más condecoraciones a su brillante hoja de servicios, recibiendo la medalla de S.M. Alfonso XII en 1876, declarado también Bene-

mérito de la Patria, y concedida la Cruz Blanca de primera clase del Mérito Militar en 1878.

Miguel Ruiz Prieto volvió a visitar Úbeda en 1879, con 48 años cumplidos, para casarse con la joven María Hernández, de 23 años, ceremonia que se celebró en la parroquia de San Nicolás. En esa fecha nuestro protagonista tiene destino en Mahón, pasando al año siguiente de nuevo a África. En 1880 se le galardona con la Placa de la Real Orden de San Hermenegildo, siendo destinado poco después, en 1884, a Úbeda, en la Escala de Reserva, donde permanece hasta su retiro definitivo del Ejército en 1889. Instalado en el domicilio familiar de la calle de San Nicolás, viudo y acompañado por su hermana Juana y sus sobrinas, ya nunca más abandonará Úbeda. Don Miguel era en este momento Teniente Coronel, un alto grado militar logrado con gran trabajo, porque él pertenecía a la llamada «clase de tropa», clase que antaño no era tan mal vista por los «militares de carrera» como hoy se piensa, dado que eran estos militares los que más se jugaban la vida en el campo de batalla y los que por ello marcaban el destino de España.

Desde la llegada definitiva a Úbeda hasta su muerte, Miguel Ruiz Prieto llena sus días de soledad volcándose en sus grandes aficiones: la investigación histórica y el coleccionismo de piezas arqueológicas. También pasaría largos ratos conversando con amigos, con los que compartía inquietudes y pensamientos, caso del padre Alonso Vinagre, director por un tiempo del afamado colegio de los Escolapios y gran estudioso de la historia de Al-Andalus, el prestigioso médico Balbino Quesada, el Prior Galey, y el intelectual Juan de Dios Molina. Todos pertenecían a clases humildes, se habían hecho a sí mismos, y participaban de una mentalidad liberal.

Miguel Ruiz Prieto asume al llegar a Úbeda la ingente tarea de poner algún orden en la montaña de documentos que se almacenan en la nueva sede del ayuntamiento, el palacio de las Cadenas, trasladados allí sin orden ni concierto desde las viejas Casas consistoriales. Una labor de titanes, porque esos papeles viejos son los fondos que hoy atesoran el Archivo Histórico Municipal de Úbeda, testimonio de largos siglos del pasado ubetense. Sin nombramiento de archivero, y sin percibir sueldo alguno, nuestro historiador trabaja en esta primera catalogación de fondos del archivo entre 1889-1891. Este año se le nombra archivero, a título honorífico, y la Corporación Municipal le da las gracias por su labor y le pide que siga en ella. Hasta 1898, el año del desastre cubano, las autoridades locales no vuelven a hacerse eco del tema del archivo, anotando en un acta capitular que agradecen el trabajo que Ruiz Prieto viene haciendo durante diez años, y fijándole un

suelo anual de 500 pesetas. Pero para don Miguel llegaba demasiado tarde este reconocimiento, porque su vida se acababa. Seguramente él era consciente de que la enfermedad, un cáncer de esófago, marcaba límites a su trabajo: en 1897 había dado por concluida la larga historia de Úbeda que escribiera durante diez años. Murió el 12 de abril de 1899. Sobre su muerte hubo pocas noticias en la prensa local, dominada por las banderías políticas de siempre. Aunque algunos ubetenses de buena fe sí tenían conciencia de lo que Úbeda perdía con esta muerte, y escribieron unas líneas para la posteridad. Luego pasarían años hasta que se vendieran, a 50 cms, los citados cuadernillos que sacaban a la luz la historia de Ruiz Prieto. Pasarían muchos más hasta que el ayuntamiento de Úbeda hizo gestiones para comprar a los herederos de don Miguel sus manuscritos originales por 1.500 pesetas, en 1926. Hoy, transcurridos 100 años, Úbeda puede conocer otra vez la obra de Ruiz Prieto, y acercarse a la vida de unos de sus más ilustres hijos. Una vida que es todo un testimonio de la atormentada historia de España de ayer mismo (1). Una vida que es un homenaje para todos los hombres y mujeres que dedican parte de la suya a investigar en los archivos históricos locales, como hizo nuestro querido amigo Juan Sánchez Caballero.

2. LA HISTORIA LOCAL Y LA HISTORIOGRAFÍA DEL XIX. UNA CUESTIÓN A DEBATE ANTE LA OBRA DE RUIZ PRIETO

Antes de entrar en cualquier otra cuestión, hemos de admitir que la *Historia de Úbeda* de Ruiz Prieto se inscribe en el modo de escribir la historia propio del XIX. En consecuencia, damos ya por sentado que estamos ante un modelo historiográficamente desfasado respecto a las tendencias actuales. Y ello no porque el autor fuera un mal historiador, que no lo fue. Se trata, simplemente, de que este escritor, un autodidacta de la disciplina histórica, escribió lo que escribían por entonces la inmensa mayoría de los historiadores locales: una historia-relato, de relevante contenido político, entendido éste en el sentido más común de lo político; es decir aquello que se refiere a los «asuntos públicos», incidiendo en los que tengan algún carácter militar. Es decir, una historia narrativa, con vocación literaria y leves matices providencialistas.

(1) *Historia de Úbeda de Miguel Ruiz Prieto*, Estudio Preliminar e ilustraciones de Adela Tarifa Fernández, Colección *Archivum*, Universidad de Granada y Ayuntamiento de Úbeda, Granada, 1999. Puede verse QUESADA CONSUEGRA, R.: *Úbeda, hombres y nombres*, Granada, 1982, págs. 178-80, y TORRES NAVARRETE, G.: «Los Cronistas oficiales de Úbeda», *Ibiut* (1983), núm. 6, págs. 8-9. Agradecemos las colaboraciones de don Luis Monforte, don Antonio Vico, don Natalio Rivas, don Antonio Linage, doña Ana Moya, don Ramón Beltrán y doña Antonia Ruiz Molina.

Desde estos planteamientos iniciales debemos comprender que nuestro historiador local escriba lo que esperábamos que escribiera. Que no nos dé sorpresas en los recodos de su relato. Porque él va a escribir fundamentalmente lo que ha leído en la amplísima la historiografía clásica que manejó; fuente a la que añade todo lo que le parece más relevante de los documentos históricos que va encontrando en los numerosos archivos locales que consultó, especialmente el archivo histórico municipal de Úbeda. Un archivo, que como hemos dicho ya, él ordenó con esfuerzo infinito antes de acometer su trabajo de historiador. Notamos por ello que Ruiz Prieto, aunque se ve obligado a comenzar su historia partiendo de noticias transmitidas por la tradición y la leyenda, a falta de algo más objetivo, termina por convertir la fuente histórica, a medida que avanza su relato, en categoría suprema. No en vano él se hace historiador de modo paralelo al aprendizaje del oficio de archivero. Por ello es tan minucioso, tan riguroso y tan honesto a la hora de contar lo que lee en los papeles del archivo, rechazando las afirmaciones categóricas cuando no ha palpado la fuente de la noticia con sus propias manos. En este sentido no podemos poner objeciones a la veracidad de los datos que nuestro personaje escribe en su historia. Otra cosa muy diferente es el método que utiliza para construir esta historia, cuestión que, como ya he dicho, entra en la línea de lo que estaba en boga por aquellos años.

El concepto de «utilidad histórica» de las historias locales

Cabe preguntarse si estas historias locales decimonónicas siguen teniendo interés a las puertas del siglo XXI. Desde mi particular opinión son utilísimas actualmente, siempre que sean de la calidad de la de Ruiz Prieto. Las razones de la validez actual de la historia que aquí nos ocupa son tan numerosas que no resulta fácil enumerarlas ahora. Pero acaso convenga señalar desde el comienzo que su primera utilidad es la de poder comparar los planteamientos historiográficos dominantes en diferentes épocas, pero sin perder de vista que quien escribe es hijo de su tiempo: abismales son las diferencias que separan la España del ayer al hoy, y abismales nos parecen los planteamientos historiográficos que separa el modo de escribir historia de Ruiz Prieto de los métodos «científicos» actuales. Afortunadamente ni entonces ni hoy, ni ojalá nunca, en el modo de escribir la historia se habrá cerrado el círculo, porque no ha llegado ese anunciado «final de la historia» (2).

(2) Fue esta la tesis que planteó Fukuyama, en *The End of History*, en 1989, presagiando un futuro basado en una «paz capitalista y liberal». A ella se opuso Samuel P. Huntington, en *The clash of civilizations*, en 1993, advirtiendo de que la humanidad caminaba hacia otra guerra, a causa de los fundamentalismos religiosos.

Por eso, si la Historia de Ruiz Prieto fuera sometida a juicio y condenada por el «Olimpo» de la «ciencia histórica» actual, estoy bien segura de que inexorablemente, pasado un tiempo, y no tan largo ya como el siglo que nos separa de este cronista ubetense, los mismos jueces del hoy serían los reos del mañana. Porque para entonces sus modelos historiográficos ya estarían tan desfasados como los de Ruiz Prieto. No seré yo, pues, quien participe como fiscal en este juicio, aunque no he venido tampoco en calidad de abogada defensora. Ni seré yo quien contribuya a denostar el trabajo de Ruiz Prieto, del que todos los que alguna vez hemos escrito algo sobre Úbeda hemos bebido algún sorbo. Y es que para utilizar estas viejas crónicas sólo hay que saber beber, teniendo como norte que en historia no hay nada inmutable ni científicamente correcto en estado puro. Afortunadamente en historia, ciencia en la que dos y dos pueden ser cinco, siempre se está en pañales.

Suele hoy considerarse la historia como una ciencia inserta en lo que se ha llamado el ámbito de «ciencias sociales». En este sentido algunos sociólogos y pedagogos actuales insisten mucho en la cuestión de la «utilidad» social que debe tener la disciplina histórica, a la que han dado casi un carácter de sacerdocio. Sin entrar en un debate tan peliagudo, que me alejaría de lo que he venido a hacer, sí me apunto al término «utilidad», para justificar la validez actual de la *Historia de Úbeda*, y me pregunto: ¿Es de «utilidad social» la obra de Ruiz Prieto?

Independientemente del conocimiento aporta este libro a la historia de las mentalidades, vale la pena constatar cómo afloran en la larga historia de Ruiz Prieto valores éticos que habrían facilitado la convivencia entre los españoles, alejándolos del eterno drama de las dos Españas, que tantos ríos de sangre nos costó. Porque desde luego no es la violencia el personaje central de esta historia, sino la tolerancia, aunque la escribiera un hombre que recorrió muchos frentes de batalla y sabía por ello hasta dónde pueden llegar los más bajos instintos de la condición humana. Y es que el oficio no hace al hombre, sino el hombre al oficio. Tampoco es una historia localista, aunque sí local. Pues a Ruiz Prieto no le gustaban los «ismos», de ningún tipo, pero particularmente rechazaba el nacionalismo excluyente. Por ello el argumento ubetense no se separa de la historia de España. Sobre la infinidad de informaciones puntuales (políticas, socioeconómicas, demográficas, cronológicas, culturales, etc.) que llegan al lector, sería larguísimo entrar en detalles ahora. Informaciones que el autor no suele interpretar ni

analizar, pero que sí nos deja transcritas para que hagamos de ellas el más oportuno uso. Y para terminar esta reflexión: una gran parte de los documentos y de la arqueología artística que Ruiz Prieto utilizó como fuente histórica directa ya no existen, ni podrán nunca recuperarse. Úbeda, tan ex-polia histórica y artísticamente desde sus tiempos antiguos, como nos cuenta nuestro personaje en sus escritos, iba a vivir uno de los penúltimos atentados a su memoria histórica en los días de la guerra civil del 36, acaso de los más brutales que se recuerdan. Las llamas, hijas de esos «ismos» que tanto detestó Ruiz Prieto, se llevaron papeles, edificios, imágenes. La miseria, la incultura y la intolerancia que luego siguieron contribuyeron también a este salvaje destrozo. Por ello Ruiz Prieto y sus escritos son el último testigo de una Úbeda definitivamente perdida. Él, sin máquina fotográfica, nos retrató la Úbeda del ayer que ya nunca más sería. Nos contó cómo era la otra mitad que hoy nos falta, y así alivió un poco la orfandad del día de después. Aunque sólo fuera por estos motivos su libro tiene «utilidad social». Aunque es bien evidente que no sólo por eso este libro tiene hoy vigencia histórica.

Narrativa e «historia científica»

Si ponemos el libro de Ruiz Prieto en las manos de las corrientes historiográficas que tuvieron más predicamento tras la segunda guerra mundial, la escuela de los *Annales*, o las de orientación socio-económica, de la escuela marxista, nos dirían que no se trata de una historia «científica», porque no cuantifica series estadísticas, como no interpreta ni se implica críticamente en los hechos relatados. Esto es evidente, como evidente es que tampoco esta nuevas escuelas de la historiografía contemporánea han logrado todavía su mito dorado: escribir la «historia total». La realidad bien constatable es que estas nuevas corriente historiográficas, con evidentes aportaciones positivas, sólo han llegado a ponerse de acuerdo entre ellas en unas pocas cuestiones, siendo una el ataque al concepto positivista de la historia la llamada «historia tradicional» (acontecimental, biográfica, militar, política, narrativa), en la que se incluye la obra de Ruiz Prieto (3). Porque es evidente que nuestro personaje concibe el oficio de historiar como un proceso de exposición de hechos del pasado, redactados con orden cronológico,

(3) Remitimos al magnífico trabajo crítico que escribió recientemente Carlos Baros: «La historia que viene», en *Actas del coloquio internacional «Historia a debate»* (1995). Santiago de Compostela, 1995, T. I, pág. 97.

conexionados con mayor o menor acierto, pero, sobre todo, buscando la mayor objetividad que ofrece el documento original.

Este método resultaba totalmente incompatible con la nueva escuela marxista, marcada por el materialismo histórico, y con la llamada historia de los Annales (4). Ellas habían inventado, al fin, la cuadratura del círculo, con las revolucionarias tesis del tiempo histórico y sus nuevos métodos de historia cuantitativa, serial, que todavía siguen teniendo vigencia en Europa y Estados Unidos. Una historia que se opone pues al relato, ya que se escribe con continuidades cortas, a modo discontinuo. Nuevas tesis que además contribuyeron a abrir nuevos problemas relacionados con la exigencia de interdisciplinaridad para escribir historia; llegado el caso extremo, como bien advirtió Pierre Vilar, que de seguir por esta vía pudiera ser la historia una mera ciencia auxiliar para interpretar las investigaciones que necesitan sociólogos o economistas, por ejemplo. Este peliagudo debate no se ha cerrado, desde luego. Por el contrario, continúa complicándose cada día más. Y es que dijimos antes que en historia no hay respuestas categóricas para casi nada. Sólo sabemos seguro que la historia, hoy como ayer, es el arte de discurrir sobre el pasado; el arte de conciliar minuciosidad y rigor para construir una trama coherente, que intérprete los hechos de una manera que sea entendible al lector. También sabemos que la ciencia histórica ya no es hoy sólo lo que fue ayer: una crónica de reyes, combates, rogativas y epidemias. El lenguaje histórico va cambiando, como cambian los métodos de investigación, o como cambian las mentalidades colectivas. Y es que, como escribiera Marc Bloch, la historia es ciencia que siempre está en la infancia, pues «como todas las que tienen por objeto al espíritu humano, está recién llegada al conocimiento racional». Por eso es lógico que desde sus formas embrionarias de relato, ocasionalmente mezclado con la ficción, haya evolucionado buscando lo más objetivo, lo cuantificable, para girar de nuevo hacia otras rutas en el logro de la llamada «historia total», si es que esta historia es posible alguna vez (5).

(4) Los Annales tienen su punto de partida en 1929, en Francia (cuando se fundó *Annales*). En esta escuela trabajan sobre todo modernistas y medievalistas. Más reciente fue la escuela marxista, en la que tienen mayor pesos los especialistas en contemporánea.

(5) Una sencilla y muy clara síntesis sobre estas reflexiones encontramos en L. Coronas Tejada: «Del concepto de historia y su metodología», en *Actas de «Hespérides»*, Jaén, 1989, págs. 9-13.

Historia y cultura popular

Una cuestión que me parece importante comentar, colocándome más a ras de suelo, mientras dejamos que los expertos en historiografía sigan buscando sus ángulos de encuentro, es hasta qué punto estos giros metodológicos en la ciencia historia han sido responsables del evidente alejamiento de esta disciplina por parte del pueblo llano. Yo creo que, sin proponerselo acaso, los doctores de la ciencia histórica han levantado una barrera difícil de franquear por el común de los mortales, que no son especialistas en historia. Se fue pasando así de aquella avidez popular por conocer temas históricos, propia de nuestros abuelos, a una indiferencia por el pasado, más que palpable en la incultura histórica que hoy tienen la gran mayoría de ciudadanos españoles de mediana edad. Incultura que hemos de hacer extensiva a los jóvenes. ¿Cómo explicar este lamentable hecho?

Ciertamente, pocos ciudadanos «normales» serían capaces de seguir las complejas explicaciones que dieron los padres de las nuevas escuelas historiográficas para justificar su ataque a la historia narrativa tradicional, allá por los años 40. Si, en el caso concreto de España, añadimos a ello que no era grato ni fácil hablar de historia en los años de la postguerra, tan poco propicios a la libertad de expresión, comprenderemos que decayera bastante el oficio de historiador durante el franquismo, muy especialmente en el campo de la historia local, en el que las heridas de la guerra tardaron más en cicatrizar. Así, mientras en Europa la historia dejaba de ser sólo historia para convertirse en «ciencia histórica», alejando a los no especialistas de las nuevas interpretaciones que ni entendían ni les apasionaban, porque eran mucho más complicadas que la antigua historia narrativa, en España sólo se escribía la particular historia que la censura autorizaba. Una censura que no hubiera ni tan siquiera respetado el texto de Ruiz Prieto en algunos de sus pasajes. Y así, lentamente, fue muriendo la tradicional tertulia histórica que animaba casinos y reboticas en el XIX y comienzos del XX, cuando todo el mundo creía ser capaz de hablar de la historia de su pueblo, como creía saber de política.

Florecieron entonces muchas historias locales, a caballo entre dos centurias, aunque no todas tan rigurosas ni tan completas como la de Ruiz Prieto; la mayoría nacidas de la pluma de cronistas, autodidactas de la historia, pero capaces de leer incluso la más endiablada letra procesal encadenada de sus archivos. Hombres con bastante libertad para exponer sus tesis, dentro de unos límites, claro está. Hombres que escribían para ser enten-

didados por todo el que supiera leer, no muchos por cierto en la Úbeda de Don Miguel. Hombres que, sin proponerselo, hicieron una labor didáctica importantísima.

Justamente lo contrario de esto sucedió luego, en la España de la postguerra, encargada la docencia no universitaria a los profesores que siguieran fielmente los manuales de historia que inspiró primero el nacional-catolicismo y luego el nacional-socialismo, sin plantearse ni remotamente la consulta directa en archivos. Fue época en que murieron muchos archivos locales, por ignorancia, codicia, y porque el papel escaseaba, y un protocolo notarial del XVII servía para envolver cualquier cosa en cualquier tienda, incluidas las reboticas, ya sin tertulianos. Una época negra para aprender algo de historia, incluso en la universidad, ni narrativa ni de otro tipo; porque toda lectura histórica era sospechosa: obligaba a pensar en las causas y consecuencias de los hechos, incluso desde la más simple visión sincrónica. Estudiar un hecho de modo diacrónico era todavía más arriesgado, en la medida que se estrecha el contexto histórico. De ahí que las historias locales y regionales cayeran en desuso, porque no tenían interés práctico para el régimen, cuando lo que imperaba era la «historia nacional», con una única interpretación posible. Y esa interpretación no necesitaba de los archivos, porque se podía escribir tranquilamente desde un despacho político.

Languidecieron en España, pues, las viejas tertulias de rebotica sobre historia y sobre política, sustituidas por nuevos protagonistas en la vida social: el fútbol, los seriales radiofónicos y los concursos televisivos ganaban la batalla a la historia en el ámbito popular, unido ello a la prensa de régimen, que tampoco tuvo el alto nivel cultural que hemos observado en la interesante prensa local ubetense de la época de Ruiz Prieto (6). Sencillamente, la historia, como tema de cultura popular, no estaba de moda en la España de la postguerra.

Si llevamos este panorama local al ámbito superior del debate historiográfico que por entonces enfrentaba a las nuevas corrientes y escuelas de

(6) Sin duda, no hubo igual florecimiento periodístico en todas las ciudades de la provincia de Jaén. Pero llama la atención observar que, en su conjunto, los periódicos de Andalucía fueron muy numerosos y de calidad, pese a la postración económica que padecían la mayoría de sus pueblos. El declive posterior fue por ello evidente. Pasada la década absolutista es cuando renace con fuerza el periodismo de ámbito local, como ha puesto de manifiesto A. Checa Godoy en: «La prensa de Andalucía: crónica de una decadencia», en VV.AA.: *Los Andaluces*, Madrid, 1980, págs. 509-44.

la historia, comprenderemos los fracasos cosechados, de que se hizo eco el historiador C. Barros. Fracasos que afectaron a una historia meramente economicista, que fue sustituida desde los años 70 por una vuelta al interés por temas biográficos y políticos, y el abandono de la «historia total» como meta (7). Paralelamente se radicalizaban otras tendencias, como fue un excesivo reencuentro con temas subjetivos, con el consiguiente retroceso de la historia hacia la literatura. Todo lo cual trajo más dudas a la espinosa cuestión de que debía entenderse por «ciencia histórica»; y es que cada vez que alguien intentaba poner alas al viejo avión de la historia, una nueva voz surgía para avisar de que con tales alas el avión se estrellaría en el primer despegue. Dudas que iban ahondando más y más el abismo que separaba a aquellos «doctores de la historia» (anunciador incluso alguno de ellos del «final de la historia») del pueblo llano, cada día más ignorante de su propio pasado. Dudas que crearon un nuevo providencialismo histórico, ahora no al amparo de Dios sino de los hombres, que planteaban más interrogantes a los historiadores, como fue la posibilidad de hacer «historia sin sujeto», y que tanto han contribuido a atomizar la ciencia histórica, subdividida en un sin fin de especialidades desconectadas entre sí. Todo valía antes que admitir la utilidad de la historia narrativa, al menos para ganar la batalla a la incultura histórica colectiva (8).

Naturalmente, no es que esté yo aquí defendiendo la vuelta a una historia tradicional superficial, meramente descriptiva y acontecimental. Pero, comprobado el fracaso de algunas escuelas nuevas, y el mito de poder alcanzar la historia total, deberíamos cuando menos plantearnos el daño que causa a la ciencia histórica este divorcio del historiador de oficio con el pueblo llano. Por eso, si no queremos que la historia la sigan haciendo malos aficionados, deberíamos buscar el punto de encuentro que permita hacer atractivas e inteligibles las publicaciones actuales de historia por el ciudadano de a pie. Seamos conscientes de que el gran fracaso de un historiador es de no ser leído, porque no es entendido por la mayoría. Y si para llegar a

(7) BARROS, C.: *Op. cit.*, pág. 98. Señala muy certeramente los fracasos puntuales que han llevado a la crisis actual de muchas escuelas históricas, y las reacciones que ello han suscitado, entre las que se cuenta la vuelta hacia modelos más objetivistas, y el rechazo de la historia total, así como la crisis de nuevas corrientes que deberían haber conectado con mayor acierto el pasado y el presente (relación del hombre con su entorno, temas del feminismo, etc)

(8) *Ibidem*, págs. 100-101. Contrapone sus tesis, indicando que en historia no existen metas preestablecidas: «el sujeto de la historia es más libre, y el futuro está más abierto de lo que podríamos sospechar».

ese primer punto de encuentro hemos de tomar algo de lo bueno que tiene la historia-relato-explicativa, a la que se refirió Paul Ricoer, más allá de la historia vulgarizadora, deberíamos cuando menos pararnos a reconsiderar el tema.

Desgraciadamente no es la humildad ni el uso del sentido común la salida más frecuente entre la élite de la llamada «ciencia histórica». Para comprobarlo bastaría con sentar a un ciudadano medio entre el público de cualquiera de los congresos para especialistas, centrados generalmente en parcelas concretas de la historia, que tanto proliferan en estos tiempos (9). Lo veríamos poner cara de no enterarse de nada, marchándose disimuladamente en el primer cambio de ponente. Porque en ocasiones tales congresos parecen una competición por hacer más ininteligible lo que se dice a los demás: el más sabio, el ganador, es el menos comprendido. Pero nuestro ciudadano «corriente» no está dispuesto a aguantar tanto, aunque acaso llegue a intuir que aquellos aburridos sabios saben mucho de unas pocas cosas. A la inversa, yo invitaría a estos especialistas de la historia a colarse de refilón en algunas de las jornadas de historia local, que también comienzan a ser muy frecuentes, al calor de nuevos regionalismos singulares: escaparían espantados de tanto disparate histórico, relacionado generalmente con un proliferar de temas pseudofolklóricos, cargados de romanticismo nostálgico barato. Eso sí, expresado con lenguaje popular, bien comprensible al nutrido público que suelen congregarse en estos eventos localistas, sobre todo a los postres.

A la búsqueda de un punto de encuentro entre el ayer y el hoy

Debemos asumir que estos congresos sobre temas locales antes mencionados están siendo una parte la escuela popular en el aprendizaje de la historia tradicional, la que llega más fácilmente al pueblo. Y ello sucede porque los historiadores de oficio hacemos dejación de una de nuestras funciones: la pedagógica. Función que sólo es posible si se adapta el discurso al auditorio. Pero para eso hay que «bajar del Olimpo» de cuando en cuando. Por eso creo que comenzar por releer, con sentido crítico, historias como la de Ruiz Prieto ya puede ser una buena manera de bajar algunos peldaños del

(9) El daño de las superespecializaciones en historia, y el peligro de acabar perdiendo la visión de historia global, es uno de los temas que aborda J.J. Ruiz Ibáñez en: «Sobre la crisis de 1590: no historia política, sino historia hecha con materiales documentales y procesos de análisis políticos», en «Historia a debate», *Op. cit.*, T. III, págs. 239-40.

«Olimpo» y de conectar con el pueblo. Porque, salvadas las distancias que median de uno a otro siglo, hemos de convenir que a este historiador lo leyeron sus paisanos con pasión, y lo entendieron, como lo siguen entendiendo todavía hoy. Acaso porque les presentó su pasado sin parcelaciones excesivas, globalmente, con la naturalidad y la sencillez del hombre normal que, tras desayunar en su casa, sale cada mañana camino de un archivo de un pueblo. Descubre allí un privilegio real que tiene cuatro o cinco siglos, todavía inédito. Y, sin inmutarse, le limpia el polvo y lo transcribe en letra pequeña, apretada, pensando lo que le gustará a sus paisanos leerlo. Luego lo guarda con cuidado en el lugar que ha reservado a los privilegios reales de su pueblo. Cierra su cuaderno de notas y sale hacia la casa, porque ya es la hora del almuerzo. Y camina, sin pasar nunca por el Olimpo de los sabios de la historia (10).

No digo que todos los historiadores seamos igualmente culpables de esta incultura histórica que nos invade hoy. Ni que seamos los únicos culpables. Pero sí afirmo que actuamos tibiamente, irresponsablemente, ante ese grave problema del distanciamiento que va naciendo entre los historiadores y el pueblo, y ante los peligros que ello encierra. Peligros entre los que citaré la actual marginación de la disciplina histórica en los planes educativos. También es peligroso que en medio de ese desencanto del ciudadano medio de hoy, vacío por dentro porque ha perdido sus raíces, trate de encontrarse a sí mismo y a su pasado urgando de modo autodidacta en crónicas del ayer, cargadas de errores y tópicos. Si esto está sucediendo, sí somos responsables los historiadores de hacer unos libros de historia que no son entendibles al pueblo, quien se refugia en pseudohistorias de ficción, o en historias mal contadas por alguien que distorsiona su pasado, en ocasiones intencionadamente, desgajándolo de la real dimensión que tuvo en su tiempo histórico.

Entiendo pues que son muy válidas e interesantes las historias locales hoy, y que nunca debería desaparecer la figura de los investigadores que descubren su vocación hacia la historia trabajando en los archivos de nuestros pueblos. Pero siempre que no se confunda el oficio de historiar con el de

(10) También en alusión a los vicios de parcelar excesivamente la historia, señaló C. Barros que «La historia como disciplina científica no puede permitirse el lujo de renunciar a la comprensión global del pasado. El papel de la historia en la sociedad, en la educación y en la investigación, es inversamente proporcional a su desmigajamiento disciplinar», *Op. cit.*, pág. 107.

inventar relatos conexionando de cualquier modos unos pocos datos dispersos, para redactar una historia novelada. Por eso es muy aconsejable que toda reedición de viejas crónicas esté introducida por una buena introducción. Un estudio crítico que debe alejarse cuanto pueda del marco pequeño de la erudición localista, que tanto limita la libertad expresiva, perdiendo por lo general la visión global de la historia en aras de un anacrónico patriotismo. Lo contrario llevaría a perpetuar los fracasos antes citados y a incidir en tópicos ancestrales (11), que tanto nos recuerdan a los «juegos florales» de antaño, cuando la flor natural siempre iba a parar al que despertaba antes la lágrima en los ojos de sus paisanos. Hay pues que recuperar cuanto de bueno tienen las viejas historias que escribieron nuestros antepasados, sobre todo las mejores, como es el caso de la de Ruiz Prieto, pero leyéndolas con sentido crítico y enmarcándolas en el contexto histórico que les es propio. Y hay que admitir de una vez por todas que todo libro de historia es incompleto por definición, pero que no hay ninguno que carezca de algo válido, si se sabe leer con libertad e independencia de pensamiento. Afortunadamente siempre hubo muchas maneras de entender y contar el pasado. Por eso, porque no podemos permitir que desde lejos se nos diga que la historia local ya no es ciencia, me congratulo con toda iniciativa destinada a rendir homenaje a nuestros buenos historiadores de Jaén. Larga vida a nuestros historiadores locales.

(11) *Ibíd.*, págs. 114-15.

ANEXO I

HISTORIA DE UBEDA

POR

DON MIGUEL RUIZ PRIETO

TEINIENTE CORONEL GRADUADO, COMANDANTE RETIRADO DE EJÉRCITO

PUBLICADA DESPUÉS DE SU MUERTE

BAJO LA DIRECCIÓN

DE

DON ALFREDO CAZABAN LAGUNA

CRONISTA OFICIAL DE LA PROVINCIA DE JAÉN

Y

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

PRIMERA EDICIÓN

TOMO TERCERO

1908

IMPRENTA GUTENBERG, A. C. DE J. MARTÍNEZ

REAL, 18.--UBEDA



Portada del Cuadernillo núm. 3 de la primera edición de la obra de Ruiz Prieto.
(Archivo de don Luis Monforte).

ANEXO II

HISTORIA DE ÚBEDA

POR

DON MIGUEL RUIZ PRIETO

TENIENTE CORONEL GRADUADO, COMANDANTE RETIRADO DE EJÉRCITO

PUBLICADA DESPUÉS DE SU MUERTE

BAJO LA DIRECCIÓN

DE

DON ALFREDO CAZABAN LAGUNA

CRONISTA OFICIAL DE LA PROVINCIA DE JAÉN

Y

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

D. Alfredo Cazaban Laguna nació en Úbeda el 15 de Marzo de 1870 bautizado en San Andrés y falleció en Jaén el 14 de Enero de 1931; su cadáver fue trasladado a Úbeda en la mañana del 15, y hechos sus funerales en San Andrés; fue enterrado en el cementerio de San Luis en el patio junto a su entierro y sepultaron a las 12 del día el Ayuntamiento, del que era Alcalde D. Guillermo Rojas D. L. P. S.

PRIMERA EDICIÓN



1906

 IMPRENTA GUTENBERG, A CARGO DE J. MARTÍNEZ
 REAL, 18.—ÚBEDA

Detalles de la historia de Ruiz Prieto que fue propiedad del historiador local Miguel Campos Ruiz, con diversas anotaciones realizadas por él y por su hijo Ángel. (Archivo de don Antonio Vico).

¹¹ Indudablemente que esta data es exacta, que debía haber sido el señor Torne Real cuando la describe en el 1.º Tomo de "Monumentos byzantinos" página 391.

8

Los himnos litúrgicos resonaron por primera vez después de 523 años, en las ricas bóvedas de alfargo del suntuoso templo, llevando á las alturas, envueltas en incienso, las piadosas plegarias del rey y de los fieles, en acción de gracias y demanda de la divina protección para sus armas, en los proyectos que abrigaban aquellos esforzados corazones, de concluir con la dominación musulmática en el sagrado recinto de la amada patria.

El templo quedó consagrado y restituido al culto católico, bajo el título y advocación de *Nuestra Señora de los Reyes Alcázar* y *Nuestra Señora de la Asunción*, é iglesia mayor parroquial de la villa, dotada del personal necesario para el culto y de bienes para su sostenimiento y reformas necesarias en su fábrica.

Tradiciones confusas hacen suponer, que los romanos tuvieron en el mismo sitio un templo dedicado á Diana, y que los godos, después de utilizarlo, lo convirtieron al culto cristiano y advocación de la Virgen Purísima. Desgraciadamente, no hemos hallado documentos que nos den luz sobre esta hipótesis. El área que ocupa este templo, es la misma, con poca diferencia, que ocupaba la antigua Aljama, que conservó hasta el siglo XIV su obra morisca, con ligeras modificaciones.

Consta en un privilegio del rey Enrique III, dado en el año de 1396, que la iglesia fué reedificada, pues se dice en él, «la reedificación que nuevamente fué hecha en Santa María». No había transcurrido una centuria, cuando en 1483 volvieron á hacerse grandes obras, al menos en el claustro que rodea por tres lados el antiguo patio.

En el año de 1508, dispuso el coloso obispo de Jaén D. Alonso Suárez de la Fuente del Sáuco, abrir en la muralla la puerta que hoy es entrada principal, mandando poner á un lado de la misma el escudo de sus armas, y al otro, el del sello de la Colegial, que es idéntico al que tiene la Santa Iglesia de Jaén; en su orla se lee: SL. CAPITVLIS ANTE MARIE VBETENSIS, y aun se conservan ambos escu-

La lilleria del libro se hizo en Jaén de vocal bien tallado por los escultores Juan de Reoli y Luis de Aguilar el primero la alta y baja de la derecha y el 2.º de la izquierda segun modelo que presentaron y en premio de los dineros toda ella pagados 100 al finar el trabajo, otros 100 al ir el trabajo medio y los 200 restantes despues de terminado y se satisficieron al oficiales de la obra.

La lilleria central es hermanada de las del coro de la Catedral de Jaén, de allí fue traída la escritura y cartado que tengo a la vista se hizo y firmó en Jaén el día 14 de febrero de 1548 ante el Notario apostólico de la Diócesis D. Pedro Ojeda, el Visitador y Vicario general Luis de S. Juan de Gama y el canónigo D. Luchas de Arguillada y por mandado de D. Pedro Paredes, Coadjutor y Obispo de Jaén. fué



finador de Juan de Reoli el Platero de Jaén p.º de Jaén, y de Luis de Aguilar, p.º de Castilla conde y Ganero Miguel Platano. El plano para la ejecución de la lilleria fue un año

La escritura istornada de un libro de privilegio titulado libro de lillerias a favor de esta Iglesia Colegial y copiada en un libro del original que está en el citado libro página

31. = El citado Castillo finado de Aguilar, fué compañero de Jofre y Vandelchor cuando el 1.º contrato de Jaén de 1552 del Salvador - Agosto 1552

118

culto. Desde aquella fecha fué, poco á poco, arruinándose este edificio, hasta que se vendió en subasta como otros bienes nacionales. Se hicieron casas en su solar, un molino aceitero, en lo que fué iglesia, y un huerto á sus espaldas.

La magnífica huerta que tenía, también es hoy de particulares, hallándose arruinada su extensa lera.

Sobre la coprocción de Sto Pedro fues Varanens que se fundó en el Con-
 vento de San Andrés el año 1577 según data de un libro donde pago todo
 lo que escribo pagaria 9 y media. Sabo por un 1º la Permisión del Papa en el
 honor la Virgen San Juan y la venancia el viernes santo de 1578 a las 3 de la tar-
 de de San Andrés; un 2º magistrado fui Pedro Sanfon. Expuso así el viernes
por la mañana el año 1583 hasta 1584 en que por suposición del convento de San
Andrés fues trasladada las huergas a San Andrés. Seguindo tambien este con
vento en 1564, fues trasladada encomenda a San Maria en que el ente
el Prior J. Juan de Blanca renovó la coprocción de quien expuso
dot. trada en religion de San Maria por un estado puero en may
de 1580 fui trasladada en huerga de pasos y la mayor parte de las puentes
a San Pedro, de donde para caer el Papa el viernes santo se trasladaban
las huergas un dias antes en San Maria. Este año de 1589 por comi
dir el viernes santo de de flor con el auxilio de la vidua Agustina
de Trabazon se salieron las puentes y el viernes santo en las 3 de la
mañana en la religion de San Pedro hubo un gran suceso por vierto que
al tercer de tocarlo la 1ª vez el trayecto que habia al lado del
Señor lauro en sus trayectos los trayectos de la coprocción y los fiel apre
dos en la religion moraban en abundantes lagrimas inviuadas ante
la puencia de Sto Pedro fues Varanens. Despues del via Comis quise ver
J. Juan Hidalgo puente de fi y virtudes de para capo, dirigia este el pul
pito un sentido platinia sobre la ocasion en Sto fues, que el pulv
Horacio y al final hubo un un en fues Varanens. Compon

NO!
 ERA VIERNES
 SANTO



DON MIGUEL CAMPOS RUIZ, ARQUITECTO-CONSTRUCTOR

Certifico: exigiendo en Colegiata nuestra Iglesia que
estaba regida por un solo Rector, se ha instituido Canónigos con
arreglo á los estatutos; y que ha aumentado con sus propios bienes los
recursos para nuestro sustento; segun se dice que se hace constar
con más extensión en las letras referentes al caso, autorizadas
con el sello del aludido Obispo. Nos, accediendo á vuestras sú-
plicas, siéndonos grato, y ratificando todo lo que justamente
ha echo el mismo Obispo sobre este particular, lo confirma-
mos con Autoridad Apostólica: corroborándote con el vali-
miento del presente decreto. A nadie por consiguiente, sea
licito bajo ningún pretexto, infringir esta Nuestra resolu-
ción confirmatoria, ni contradecirla. Tomaríamos con arro-
gancia. Si alguno presuniese hacerlo, sepa que incurre en
el enojo de Dios Omnipotente y de sus Bienaventurados
apóstoles Pedro y Pablo

Diado en Vitorbo el 1º de Julio. Año II de Nuestro Pontificado.

Fin: ansel bambos

ANEXO III

ALFREDO CAZABAN

Hace ya algunos años, allá por el 82 ó 83, los ubetenses que visitábamos con alguna frecuencia un bazar muy lujoso establecido por entonces en el sitio más céntrico del Real, el Bazar de Adolfo Cazabán, solíamos ver tras del mostrador á un rapaz desenvuelto y vivaracho que con precocidad maravillosa hablaba de literatura y de artes y esmaltraba su conversación atrayente con donaires y agudezas impropias de sus pocos años.

No se entraba una vez en la tienda aquella, sin sorprender á Al-



fredo Cazabán, pues él es el rapáz de nuestra historia, enfrascado en la lectura de algún librote ó tal vez escribiendo en renglones cortos las primicias de su inspiración.

Pasaron meses, creció el estudioso jovenzuelo y con él sus aficiones literarias.

Auxiliado de otros escritores de su fecha y de su layo, jugó á hacer un periódico, que cosa de juego parecía hasta en el nombre.

El *Ldtigo* le llamaron, y el *ldtigo* aquel restalló en sus manos como si le crugieran otras más potentes:

Cansose de *Ldtigo* y dedicose entonces á más arduo trabajo. Recorrió cuantos archivos y bibliotecas hay en Ubeda; revolvió papeles, desempolvó legajos, devoró libros y con paciencia de fraile ó de encarcelado adquirió y coleccionó cuantos datos necesitaba.

De este ojeo de noticias, de este continuo y pacienzudo husmeo, nació la «Historia de Ubeda».

El primer paso estaba dado; quien á los diez y seis ó diez y siete años, había escrito un libro que alcanzó general aplauso, no debía ya detenerse en el camino emprendido.

Cazabán por su propio deseo, ó lo que yo creo mejor obrando á impulsos del ananké, como dicen los deterministas; que más poderoso que su voluntad le conducía fatalmente hacia las letras, renunció al comercio y desairó la fortuna que en él se le ofrecía.

De entonces á hoy Cazabán ha escrito mucho y mucho bueno; forma en primera fila entre los literatos y periodistas de la provincia y ha realizado el milagro de vivir de la pluma, cosa esta que, pueden creérmela los lectores, es mucho más difícil que vivir con las aceitunas de Huertañalda ó con el trigo de la campiña.

Cazabán es también poeta y sus versos sonoros, de repletas ideas, llevan el sello de la inspiración y del talento. Es en suma, un artista; lástima que sus aptitudes y sus facultades no tengan más ancho campo donde desenvolverse.

Haríamos de buena gana no esta rápida impresión, sino la biografía de Cazabán, pero para ello nos falta espacio. No es tarde, sin embargo, y ojalá que si lo intentamos alguna vez podamos escribirla bajo este epígrafe: «Biografía del Excmo. y acaudalado Sr. D. Alfredo Cazabán».

M. L. A.



Perfiles biográficos y colaboraciones realizadas en el periódico local *La Opinión* por amigos de Miguel Ruiz Prieto (Núm. extraordinario de 29 de septiembre de 1896).
(Archivo de don Natalio Rivas).

Han presidido la *Unión Ubetense*, desde su formación, D. Joaquín María Cuadra, D. José María Iturralde, D. Eustaquio Gámez, D. Balbino Quesada y D. Nicolás Vázquez Briz, cuyo retrato acompañamos. Todos estos señores, en unión de los demás que les han ayudado en sus tareas, han contribuido grandemente á la prosperidad y desarrollo de ambas sociedades, que sin tener nunca grandes sumas han gastado en las obras del Círculo de Artesanos un verdadero capital.

Z.

GABRIEL MOLINA

Ingeniero, orador, filósofo á su manera, idealista furibundo aunque él no lo crea así, Gabriel Molina tiene una personalidad saliente poro con rasgos tales y tan distintos de la generalidad de los hombres, que es punto menos que imposible hacer una instantánea á la pluma. Radical en política, en literatura y en filosofía, nada aborrece tanto como el eclecticismo hipócrita.

Piensa hondo, sabe mucho y sabe decir lo que sabe, pero con tanto fuego y tanta velocidad que de su boca cuando habla salen las palabras á borbotones y las ideas empujándose con las palabras como impelidas por una fuerza cerebral en actividad constante.

Republicano teórico, su mayor desgracia sería el triunfo de sus ideas, porque puestas ya en ejecución las abandonaría por gastadas ó por poco progresivas y haría seguramente un movimiento de avance, y es que Gabriel Molina, como muchos espíritus superiores gusta de lo especulativo, se entusiasma con todos los idealismos pero no puede sufrir el contacto grosero de la realidad.

Su carácter independiente se rebela contra toda imposición y contra todo yugo, la rutina lo desespera, y á destruir rutinas, yugos ó imposiciones tiene siempre su palabra vehemente y sugestiva.

Gabriel Molina es en suma, un carácter, un temperamento nervioso, y sobre todo un excelente amigo de sus amigos.

M. L. A.

EL CARÁCTER UBETENSE

El conocimiento del carácter ó economía moral de un pueblo es fundamento y punto de partida seguro para su perfección progresiva, si se evita por todos los medios aquellas tendencias que se ajustan á los principios absolutos de lo bueno y de debilitar, hasta su anulación, aquellas otras que se oponen y contrarrestan la natural realización de nuestro fin.

El *Noce te ipsum* del templo de Delfos, para los pueblos como para los individuos, es la fuente de la sabiduría.

No es, sin embargo, mi propósito, llegar al fondo de tan complejo estudio; dejando para más expertos ingenios la detallada anatomía del mismo, contentaréme con acertar en la clasificación de los ejes, líneas generales ó armazón moral, donde se ha fraguado el carácter distintivo y la idiosincrasia propia de nuestro pueblo.

Se advierte primeramente la gran desproporción que existe en el desarrollo de las facultades imaginativas y reflexivas; no parece sino que, así como nuestro pueblo, asentado sobre *terrenos terciarios*, y muy distante de las palpitaciones centrales de la tierra, se encuentra libre de la acción de los terremotos, nuestra alma social está también tan distante de las ascurdidas del genio, que no se conocen las vibraciones de la inspiración; aquí no se dan ni pintores, ni escultores, ni músicos, ni poetas; abundan los hombres de claro y luminoso talento y poderoso reflexión, y las ciencias de observación y análisis se cultivarían aquí con gran provecho, si no lo impidiera una mala enalidad nuestra, la pereza. Esta es la cualidad que ha hecho improductivos perepicias entendimientos; á ella la queremos tanto que se la ha llegado á cantar económicamente por un ubetense de feo; quizás por su influjo no han llegado ni llegarán nuestros más eminentes ciudadanos; y si la generación joven corrigiera esa defecio, pondría seguramente el nombre de Ubeda á muy alto nivel en el comercio de las ideas.

Nuestra inactividad ó falta de energía es tal, que apenas aparece su antitésis moral, la osadía; aunque aparezca aislada y

nia otro mérito ó aptitud que la abona, cuando por la ley general para toda entidad, de atender preferentemente lo que le falta, nos sentimos conquistados por ella, y llega á ser el astro de más brillo en nuestra atmósfera social.

Otra singularidad de nuestro carácter es el contraste en las facultades abstratas; tenemos todos un amor tan grande á nuestra tierra, no culto tan ferrocioso por nuestra patria chica, como se ha dado ahora en decir, que no sabemos abandonar, no conociéndose aquí tendencias emigratorias; y si alguna vez la dejamos, aunque estemos lejos, preferimos vivir la vida de Ubeda y en evasióndose algunos ubetenses, realmente así se vive.

Y no obstante eso culto de sus hijos por nuestro pueblo, el sentimiento de solidaridad moral entre los convecinos es tan débil que rara vez aparece el altruismo generoso; apenas sobraale uno cualquiera de nosotros en la actividad social, bien por mérito propio, bien por azar de la fortuna, se presenta un fenómeno bien característico: todos aplicamos el más minucioso análisis crítico para achicar el prestigio personal de quien se trata; y por otra parte, los hombres que vales, no favorecen tampoco el que otros prestigios aparezcan, que otras inteligencias seavaloren, que otras actividades benéficas sobresalgan; Himalayas que se muestran soberbios porque desuellan poderosos sobre otros montes de cumbres gigantes, no pequeñas dunas de arena morediza, que son alturas porque tienen á su alrededor la monótona y estéril igualdad del desierto.

Ubeda tiene un peculiar aspecto económico; la idea de que la circulación de la riqueza por la aplicación del capital á sus fines propios es el fundamento sólido para el desarrollo progresivo de un pueblo, es idea que no ha llegado á conquistar adeptos entre los ubetenses; aquí se tiene la virtud incomparable del ahorro, acierto seguro del bienestar familiar, aquí se consigue por la generalidad, merced á previsores cuidados y prudentes reflexiones, el equilibrio entre la producción y el consumo; pero dedicar el capital formado por la constante aplicación de esas virtudes á fines industriales y comerciales, el go alestarlos por su índole misma, pero que cuando existen en la actividad económica de un pueblo son fuente de prosperidad, no es la salud que tengamos ni actividad que se nos reconozca; por nuestro instinto comercial y aventurero no tenemos contar entre nuestros antepasados con los Fenicios, más bien tendríamos algún parentesco con las razas indias, de las que dicen que, cuando alguno de sus individuos muere, entierran con su cuerpo gran parte, casi la totalidad de sus bienes; y aquí, por el afán avaricento y abogadizo, no parece sino que contamos también con que nos han de enterrar con nuestras riquezas, y siempre tenemos que sean pocas para la eternidad de la otra vida.

Y si he acertado con estos tres ejes de coordenadas á los que puede referirse en sus múltiples detalles, con sus positivas y negativas, la fisonomía moral de nuestro carácter colectivo, me doy por satisfecho; sobre todo, si conociéndonos, pudiéramos mejor perfeccionarnos; y si no he acertado, es que he mirado á través de mi temperamento, y entonces será esto una pública confesión de mi idiosincrasia moral.

GABRIEL MOLINA.

Ubeda y Septiembre 12 de 1896.



LA CIUDAD DE LA LOMA

Idea grande y levantada, noble y generosa, es la de recoger el espíritu que palpita en las entrañas de un pueblo—si así puede decirse—para formar una bella página de la historia de éste, abrigando con el esplendoroso manto del arte, las chispeantes sacudidas de las inteligencias y las amorosas emanaciones del sentimiento, como se recogen en la maravillosa caja del fonógrafo, los alicentos que laten en una generación, compendiados en las voces, en los suspiros, en las risas, en los sonidos todos, para deleite, recuerdo ó instrucción de las generaciones posteriores.

Se me invita para que oficie juntamente con algunos grandes ministros del pensamiento, en el elevado altar por donde ha de pasar el perfumado incienso que emane de inteligencias privilegiadas, las exhalaciones aromáticas del bien decir, los relumbrantes rayos del agudo ingenio, y yo, ingenuamente lo confieso, no puedo ser sacerdote en tan solemne consagración. A lo sumo, á lo sumo, podré pasar por aprendiz de acólito. Y, como el ser tan pequeño, no obsta para que pueda tenerse fé en una idea, razón para pensar; corazón para sentir y bríos y entusiasmos que muevan los labios y agiten los brazos para vitorear y para aplaudir, también me agrego á este concierto de voluntades y concurso de inteligencias, y aumento con mi débil voz el himno de gloria que hoy cantamos á nuestro pueblo, el hosanna magestuoso y potente que sale firme y vibrante de nuestras almas para perpetuarse en la Historia, como el agua de un manantial sale á borbotones, con fuerte violencia, y forma arroyo que fluye tranquilo y rumoroso, hasta unirse al concierto de voces que en las angustias soledades del mar forman las espumantes olas cantando el credo.

¡Ubeda! Sultana de mis amores, concha de mis lágrimas, compañera de mis alegrías, asilo de mi dicha, cuna de mis hijos, patria mía; y... te saludo.

Quando lejos de tí oigo hablar de tus cerros famosos; de tu alegre cielo; de tus campos llenos de luz y armonía; y elogiar la riqueza de tu tierra; tus soberbios caballos; tus valiosos monumentos; el corazón se me abre de gozo y despide la inmensa llamarada de entusiasmo que en él anida, como las nubes se abren para dar paso al rayo que atraviesa el espacio dejando tras sí una estela de resplandores.

D. GABRIEL GALEY

Nada hay que honre tanto al hombre, como elevarse por sus propios méritos del nivel de sus conciudadanos.

Tal sucede con D. Gabriel Galey, Arcipreste Eclesiástico de Ubeda y Párroco propio de la Iglesia de San Pablo.

Orador sagrado de fácil palabra y vasta ilustración; hábil polemista; teólogo sutil; escolástico conocedor de la *Summa* del Doctor angélico, la cátedra del Espíritu Santo, gana con él diarios y merecidos prestigios y la Divina Iglesia de Cristo, puede contarle con orgullo entre los más decididos y ardientes defensores del hermoso credo universal católico.

Nació en Ubeda, de familia honradísima y modesta, en el año 1839; en 1852 comenzó a estudiar el Bachillerato en Jaen, hasta el 1858, que obtuvo el grado con brillantes notas; en el mismo año



ingresó en el Seminario de Baeza á estudiar Sagrada Teología, y en 1862, previa oposición, fué nombrado Catedrático de Matemáticas y Lógica, en el expresado centro, explicando dichas asignaturas hasta 1863, que se ordenó de Presbítero y se graduó de Bachiller en Teología.

Nombrado un año más tarde coadjutor de Santa María la Mayor de Ubeda y después Vice-prior de la Parroquia de Rus, no dejó de estudiar un solo instante hasta licenciarse en Teología, de cuya difícil enseñanza fué nombrado Catedrático al mismo tiempo

que Vice-Rector del Seminario en 1865, cuando sólo contaba 26 años de edad.

El año 1866 ganó por oposición la Parroquia de San Pablo; y en 1875 fué nombrado Arcipreste, cargos que nun desempeña, con un celo y competencia dignas del mayor encomio.

Tan brillante y rápida carrera en un hijo de humilde familia, prueba de modo indudable las dotes de laboriosidad é inteligencia que adornan al Sr. Galey.

El que á los 24 años de edad, con brillantes notas en la hoja de estudios, ganando los peldaños de su carrera palmo á palmo y en refiida oposición, se licencia en Teología y es ordenado de Presbítero; á los 26, es Catedrático de dicha materia y Vice-Rector del Seminario; á los 27, por oposición también, párroco de una Iglesia como la de S. Pablo de Ubeda, y á los 36, la primera autoridad eclesiástica de esta población; bien puede sentir satisfecha su conciencia y bien puede figurar hoy, por derecho propio y con legítimo orgullo, en este número extraordinario que vendrá á ser tal vez, en venideros tiempos, documento probatorio de un estado de cultura y adelanto social que hará honor á nuestro pueblo.

I. C. D.



DON BALBINO QUESADA

El nombre de este distinguido médico, que es honra de la ciencia de curar en esta población, no necesita ciertamente de grandes panegíricos, que ensalcen su personalidad y encomiencen su prestigio. Ha trascendido de la vila de este pueblo y ocupa un puesto envidiable en la vida nacional. Más aún; algunas de sus obras han merecido ser traducidas, llevando el nombre de su autor al conocimiento del mundo científico.

No voy á hacer su biografía, porque no tengo datos suficientes, ni el espacio necesario para ello; realmente, su nombre sólo basta, por los recuerdos que en todos despierta, para justificar su valer y para mantener viva la realidad de su mérito.

Balbino Quesada es un obrero infatigable en la lucha de la vida, que sin otra palanca que su talento poderoso, sin otro punto de apoyo que su carácter firmísimo, ha sabido remover todos los obstáculos, hasta llegar á la cumbre desde donde puede gozar los encantos dulcísimos del panorama que forman las alturas, valles y profundidades de la ciencia. Y no ha llegado á esta cumbre, á la manera como el viajero amante de los encantos de la naturaleza, sube á las cimas de las montañas más elevadas para gozar del paisaje que se ofrece ante sus ojos, cómodamente recostado en el asiento del wagón de un ferrocarril funicular; ha llegado como el Ingeniero que ha estudiado esta vía, apreciando todos los detalles del camino, teniendo en cuenta todas las variaciones de la pendiente, resolviendo los problemas que sucesivamente se presentan, recogiendo, en fin, por análisis todas las variadas y distintas perspectivas que aparecen antes de llegar á la perspectiva total y sintética de la altura.

Nada fuera de su persona ha favorecido su obra; ni ha obtenido beneficio de una prestigiosa tradición familiar, ni le ha ayudado en su labor el concurso de méritos ajenos; cerca de astros brillantes en la vida social, ha conservado su luz propia, lanzando sus más puros rayos con la publicación de obras científicas que han alcanzado puesto en el comercio de las ideas, y dejando, quizás, más persistente huella, que aquellos, su tránsito por esta vida.

Por último, quien solo le conoce y trata superficialmente apreciará su afabilidad, su sencillez, su modestia y su ductibilidad en la contraversia; pero los que mantengan con él de siempre una íntima amistad, encontrarán de relevante en su persona la inflexibilidad de las ideas, que dan á su sistema filosófico y moral la permanencia é inmutabilidad de un dogma querido.

GABRIEL MOLINA.



Don Pascual Herrera.

Cuando se dice de un hombre: éste lo debe todo á sí mismo, no ha heredado nada, no tiene un apellido histórico, no posee riquezas, es un hijo del pueblo, no nació señor, y sin embargo es respetable, se aplaude su nombre, se cuentan sus hechos y se busca su mano para estrecharla, es señal evidente de que ese hombre vale por su corazón ó por su cabeza. D. Pascual Herrera, es de éstos. Ha derramado su sangre repetidas veces en la manigua de Cuba, ha vencido como un león, ha hecho escribir su nombre en la lista de los bravos, los periódicos todos se han ocupado con entusiasmo de su persona, en repetidas ocasiones ha merecido por sus hechos el da lo honrará cuando llegue á venir, y es ya esperado. LA OPINIÓN adelantándose con publicar su retrato, ilustra sus columnas y se hace acreedora á nuestro sincero aplauso.



aplauzo y el premio de la Patria y es, por todo ello, una de las glorias más legítimas de nuestra ciudad.

Su historia puede condensarse de este modo: el Teniente Coronel Herrera ha ganado todos sus grados en el campo del honor y su pecho ostenta entre otras muchas, la Cruz Laureada de San Fernando; lo cual significa tanto como afirmar que el Sr. Herrera es un soldado que ha hecho vibrar su espada con la fuerza de los héroes.

Tuve el honor de escribir en otra ocasión al ocuparme también del Sr. Herrera, que los pueblos se honran honrando á sus hijos notables, y añado que no pueda dudarse que Ube-

ADRIANO MORENO.

UBEDA DURANTE LA DOMINACIÓN ÁRABE

SR. D. JOSE GALLEGO DIAS.

Mi estimado amigo: No es posible conocer bien, sin el estudio de los autores hispano-árabes, la historia de *Al-Andalus* durante la edad media. Un buen caudal de noticias referentes á Ubeda he podido reunir, examinando la colección de obras árabigas, edición del Sr. Codera, que hoy posee la Biblioteca de este Colegio por donativo del Ministerio de Fomento, mediante las gestiones de V. Por lo mismo era de justicia dedicarle las primicias de su estudio; y como nuestros propósitos no los inspira el egoísmo, sino el esplendor de las glorias literarias nacionales, me decido á darle publicidad en el número ilustrado de *La Oración* que indolente discant, el ament memínise perit.

He perdido mucho tiempo, y no quiero que otros lo malgasten, buscando en los autores árabes los nombres de *Ebdete*, *Obdañ* y *Medina Ubeda*, asignados hasta ahora á esta ciudad. Desde luego me pareció un despropósito lo de *Medina* aplicado á Ubeda, porque con tal apelativo solo se designan las capitales de *cora*, *amalia* ó *elima*, y tanto el *Edrisi*, *Abulfeda* y el *Marasid*, como otros geógrafos, solo la consideran como población importante de la *cora* de Jaén y del *elima* de las *Alpujarras*, notándose también esta diferencia al citarse por los literatos árabes, para no confundirla con otras dos poblaciones del mismo nombre, una en la *amalia* de Valencia, y otra en la *cora* de Élvira cerca de Baza. Los nombres de *Ebdete* y *Obdañ* pudieran disculparse, dada la índole de la lengua árabe, que omite en la escritura las moriones ó vocales, así como por descuido de los copiantes suelen faltar los puntos diacríticos de letras similares. Pero los caracteres filológicos y fonéticos en el *Diccionario de las Gramáticas de Aggoyottu*, y en la *Tecmilla* ó diccionario biográfico de *Aben-Al-Abbar*, y que debe leerse *Ubbadza*. Fácil explicación tiene la pequeña variante del nombre árabe al actual de *Ubeda*, recordando que *dz* es transcripción de

una sola consonante árabe; y no hay que buscar ejemplos fuera de casa, pues en la misma *cora* tenemos *Xudsar*, hoy Jódar. Lo que desde luego conviene dejar sentado es, que el nombre hispano de la ciudad y el árabe tienen mucha analogía con el latino *Ubeda* de las antiguas crónicas, así como difiere notablemente del de *Betula* con que generosamente la honraron en el siglo XVII los falsos Cronicones, entorpeciendo la investigación de los orígenes de la ciudad, algo más remotos del que suponen, los que atribuyen su fundación, en el sitio que hoy está, á Haxim Ben Abdo-l-Asir, en tiempo del Emir Mohammad Ben Abdo-r-Rhameh, hacia el 240 de la hégira. Sueña mucho el nombre de la ciudad desde las correrías de *Todmir* y la expedición á *Aurafiola* de Abdelaziz Ben Musa, y en las guerras civiles y religiosas de los musulmanes. Que Haxim rodeara de murallas su alcázar fortísimo, es más aceptable: la ocasión lo requería, por estar toda la *cora* de *chálén* comprometida en la terrible contienda de muladies y musulimes, cuando los mozárabes de Carmona, Alcaudete y otras poblaciones se alzaban en favor del célebre caudillo Omar Ben Hafsun, que en poco tiempo redujo á su dominación la mayor parte de la *cora*, tomando á su capital.

De las diferentes tribus berberiscas, que se dividieron el territorio conquistado de *Al-Andalus*, cópote en suerte á *Ubbadza* la de los *Yamaríes*, ó de *Benú Amír*. Hállolo confirmado por Ben Al-Abbar, que en su *Tecmilla*, biografía 107, que es la del *ubbedi* Hammun Ben Al-Haquen, dice corriendo también de *Ubbadza*, que es la región de los *Yamaríes*. Estos honraron mucho á su nueva patria y á la república de las letras: solo en la *Tecmilla* hallo citados cuatro *ubbedries yamaríes*, uno en el *Almoachan*, otro en *Casiri*; y si un nombre ilustre basta para honrar una ciudad, aunque haya que restar alguno de los *yamaríes* por la identidad del nombre, aun queda suficiente número para gloria de *Ubbadza*.

La mayor parte de los locales de esta ciudad, habilitados para el culto después de la reconquista, debieron ser mezquitas: eran éstas para los musulmanes, templos para el culto; academias para la enseñanza. El *ubbedi* Hannun Ben Ibrahim (*Tecmilla* núm. 106), notable jurista y matemático, enseñó estas ciencias en su patria, en la que había además una sociedad de literatos. En *Ubbadza* enseñó también Mohammad Ben Harat Al-Yamari, por sobrenombre Abu Bekr, notable poeta del siglo VI de la hégira, y se cuenta entre sus discípulos Al-Kamal Al-Mubarrad, como de Ben Al-Haquen Al-Yamari lo fueron Ben Amya el *Bayegi*, y Ben Abdallá el *Xecurí*. Cátedra tuvo también el cordobés Mohammad Ben Ahd Al-Tochibí, que los *ubbedries* distinguieron con el nombre de El-Cabari, y del que fué aventajado discípulo Aly Ben Ahmed el *Xecurí*. Me parecen datos suficientes para probar los excelentes frutos de la enseñanza de los *famaríes ubbedries*, á cuyas escuelas ó *auliciones* acudían por lo menos los de Baza y Segura. Era también Yamari Aly Abul-Hacen Aben Malic, de quien en nuestro Colegio de Escuelas Pías de Zaragoza se conserva un Ms. árabe, núm. 99 de los encontrados en Almonacid de la Sierra, compuesto de la tan conocida obra de *Algazali*, según el Sr. Codera. Ejerció este escritor el cargo de *Cadi* en *Ubbadza*, tuvo gran amistad con Abul-Jaal, *Wall* de la región del Segura, y con él, para instrucción, según la costumbre de los orientales, realizó un largo viaje. (*Almoachan*, núm. 125 bis.) Cuando la toma de *Ubbadza* por Alfonso VIII después de la batalla de *Acab* (Navas de Tolosa) el 609 de la hégira, ejercía el cargo de *Cadi* en ella el cordobés Ben Ahmed Al-Azari Ben Catral: fué uno de los prisioneros de aquella memorable jornada. Puesto en libertad continuó ejerciendo sucesivamente la judicatura en *Xátiva*, Córdoba, Jerez, Ceuta, Fez, y murió en Marruecos á la edad de 88 años el 651. ¡Allah tenga misericordia de él!... y de los benévolos lectores.

En cuyo número no cuento á V., ni á nuestro buen amigo el infatigable cronógrafo D. Miguel Ruiz, por considerarlos doctores y maestros en asuntos históricos de la perla de la Loma, y su más atento discípulo, amigo y Capellán,

MI RETRATO

AMOR V. ALONSO.

No hay rosas sin espinas; y aun cuando esta afirmación del común sentir tiene en realidad muchísimo de inexacta, toda vez que Flores y Rosas conozco yo, y conmigo muchísimos mortales, que el más falso mercader de Utrecht resultaría erizado comparándolo con la suavidad de sus tallos, (según nos lo imaginamos) lo que es ahora, y con relación á mi persona, encuéntrase, en verdad, plenamente confirmada.

Está fuera de toda duda que este ilustrado número de nuestra modesta publicación es, no

una rosa, un preciosísimo ramillete literario en el que lucen con profusión sus galas, delicados y profundos pensamientos, tan matizados de brillantes colores, como las alas de las mariposas en primavera; olorosísimas violetas, en los jardines de las Hespérides cogidas y persistentes atemporalizadas, desprendidas de las coronas de las musas, como se resbalan las irisadas perlas de los cálices de las flores, al impulso de las perfumadas brisas que preceden á las sonrosadas coronas del estío; y vana VV. ilustradísimos lectores, como el diablo, haciendo de las suyas, ha sugerido á mis colegas la malhadada idea de que, con el de ellos, expertísimos y hábiles jardineros, figure mi retrato, que es lo mismo que ponerlo espínus á las rosas, más aún, agujones de insorportables avispas.

¡Ah! desdichado de mí Yo que sin haberme enterado hasta ahora del miedo que al inventor del fonógrafo le producía la idea de la publicidad de su retrato, he hecho siempre obstrucción irreductible á cuantos proyectos se han presentado en mis ex-congresos familiares para que me fuese forzoso el retratarme. Yo que me opuse á hacerlo de miliciano nacional de caballería, en el año de 1854 (y cuidado si era bonito el uniforme). Yo que resistí como un Leónidas á verme en tarjeta americana de voluntario de la Libertad, en 1868, únicas é importantísimas situaciones de mi vida; encontrarme ahora, en este improvisado museo, cuyas puertas me tenía cerradas la naturaleza y nada menos que de publicista y obligado, mal que me pese, á justificar el atontado. ¿Será verdad que también los dioses de la mitología hacen milagros y que Minerva, de quien ya sabemos su grande afición á los viejos, me ha transformado, inopinadamente en escritor público, cuando sólo fui calificado, ha muchos años, como *Home sabidore de escribir*?

Averíguelo Vargas, después de todo, pasa uno por tantas cosas que no es! Lo que sí me importa es salir cuanto antes de este atolladero y como no soy hombre que se ahoga en poca agua, escogito para ello, el procedimiento, bien sencillo por cierto, de nuestro Ministro de Hacienda quien, busca en los bienes ajenos los recursos que no le suministra su cerebro y á mi vez, tomo yo de un libro, que á la mano tengo, una muy buena lección de moral, en una corrida de toros recibida y que seguramente ha de ser de agrado de nuestros lectores y su descripción, en estos días de feria, de relativa oportunidad.

El lance sucedió há bastante tiempo en la Plaza de Salamanca.

«Apenas Pedro Romero, joven entonces, vió á su desgraciado hermano caer morto! se dirige á la barrera, sin licencia de la Autoridad toma una espada y corre hacia el toro, sin escuchar las súplicas de su anciano padre, que traspasado de dolor por la pérdida de un hijo, veía probable la del otro, que amarillo de cólera, erizado el cabello, con la sola espada, sin capa en la otra mano, ni siquiera otra defensa, corre hacia la fiera y para llamarle la atención y separarla del cuerpo de su hermano dá un grito espantoso que hizo recordar aquellos gritos que en las batallas de Homero dan los guerreros y son oídos en medio del combate.

Este grito produjo un general silencio; el interés de los espectadores mudó de objeto; ya no es el héroe de la función el animal perseguido injustamente, y que se venga de gentes asalaradas y de poca importancia que lo persiguen.

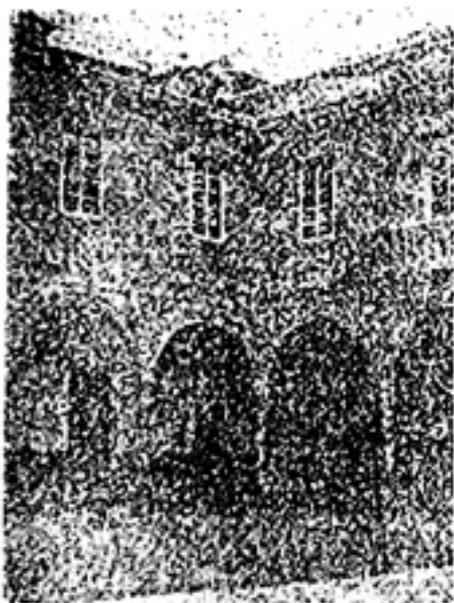
En efecto ¡qué escena! un padre arrodillado y que pide al cielo le conserve un hijo, al tiempo que acababa de ver espirar el otro. Todo el mundo se interesa ya por esta desgraciada familia. El terror y la compasión en el más alto punto se han apoderado de todos. En este intervalo de silencio trágico, Pedro Romero y el toro se arrojan uno contra otro, y este último cae muerto de una sola estocada de aquella mano diestra y firme, dirigida por la vista más certera que hubo entre lidiadores.—Las voces y las palmadas de aplauso resuecan por todas partes: pero ¡oh naturaleza! el sensible Pedro Romero no las escucha ni contesta á ellas: el público y la gloria le es indiferente; no es aquel Pedro Romero airado y gallardo que concluida la estocada se solía congratular con el anfiteatro de modo tan halagüeño é inimitable: es un desgraciado hermano, es un individuo de la humanidad que pasa por la rueda de las pasiones y dolores que ocasionan un desastro, y que desde la altura de la ira y venganza cae desmayado entre los brazos de su padre. Los otros lidiadores rodean llorando al padre y al hijo, y los sacan de la plaza. La función no prosigue; el espectáculo se dá por concluido con este acto; los espectadores bajan de sus asientos persuadidos de que no puede ofrecérseles ya esca que interese.—Cada uno quiere ir á meditar en silencio ó á comunicar á sus familias la sensación que ha experimentado y á gozar de la seguridad de no haber perdido desastrosamente un hijo ó un hermano.»

Ahora bien; ¿necesita la sociedad actual, á cada instante, manifestaciones de amor fraterno y de sensibilidad en todos como las que acabamos de describir? ¿Impera en ella el unánime convencimiento de que una es la carne, una la sangre, unos los huesos, uno el espíritu de vida que dá el ser á los hermanos? ¿La verdad de la fraternidad de todos los hombres ha sido derrocada por miserables egoísmos, de tan soberbia sociedad como la presente? ¡ah! si yo supiera escribir.

Convento de la Stma. Trinidad.

Este hermoso edificio, fué fundado á raíz de la conquista de Ubeda, por el gran rey D. Fernando III, en 1234.

Ya en 1212, después de la famosa batalla de las Navas de Tolosa, tomada y arruinada la villa de Ubeda por Alfonso VIII, se hablan establecido en unas casas del Alcázar unos Trinitarios que vinieron con el ejército vencedor, para fundar convento y hospital. Poco tiempo permanecieron los religiosos, pues los moros volvieron á reedificar la villa, y habiéndose desarrollado una pestilencia, murieron los fundadores en su benéfica misión asistiendo á los atacados del mal.



(ÁNGULO DEL PATIO PRINCIPAL.)

Tuvo después desgracia la fundación del Santo rey, pues en 1368, fué incendiado y arruinado completamente por los moros granadinos que trajo Perogil, y los religiosos que no pudieron salvarse, fueron sacrificados.

En 1376 se empezó su reedificación, y en 1630 se vino la iglesia abajo con la mayor parte de las dependencias del convento. Después se empezó la reconstrucción, que quedó terminada, con la suntuosidad que actualmente tiene, en 1727.

El estilo del templo es greco-romano, amplio, espacioso y bien iluminado, es uno de los mejores de Úbeda.

En el presente siglo sufrió mucho con la ocupación francesa.

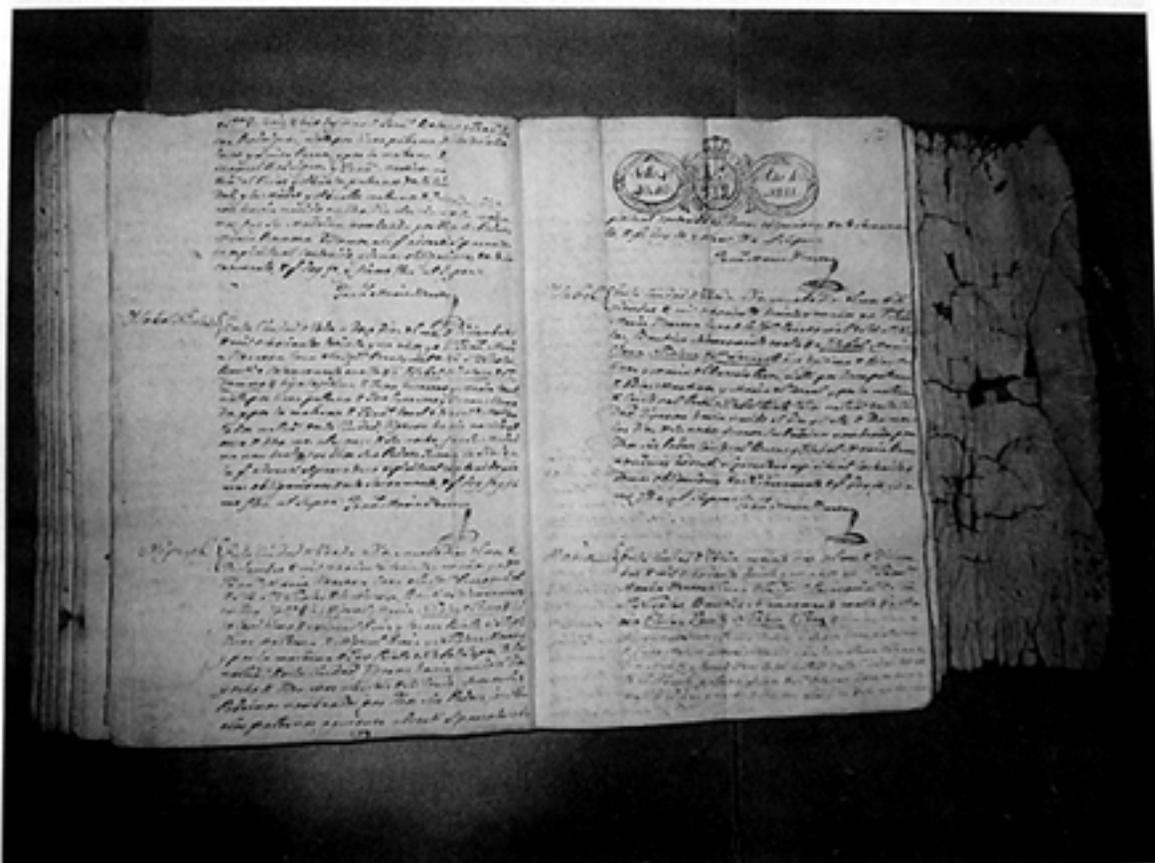
Fué suprimido en 1836, y gracias al celo de los Ayuntamientos posteriores, se consiguió que quedase para que la ciudad lo utilizase para servicios públicos. Fué cuartel de las milicias, de la Guardia civil cuando se creó, y además se instalaron muchas oficinas públicas, escuelas y Colegio de segunda enseñanza, y por último en 1861, el Ayuntamiento gestionó el establecimiento en él de los PP. escolapios, que tomaron posesión del grandioso edificio, y establecieron escuelas de primeras letras y colegio de segunda enseñanza dependiente del Instituto provincial, y con brillantes resultados.

Estos hijos de San José de Calasanz, han puesto este centro de enseñanza á la altura de los mejores; han hecho utilísimas reformas en el edificio, que cuenta con espaciosas dependencias para todos sus usos, creciendo su fama é importancia en la provincia, por el esmerado y cuidadoso celo de sus rectores, entre los que se ha distinguido el P. Angel V. Alonso en el tiempo que ejerció su rectorado, anterior al del actual R. P. Esteban Urquía que sigue con incansable actividad, el camino trazado por sus antecesores.

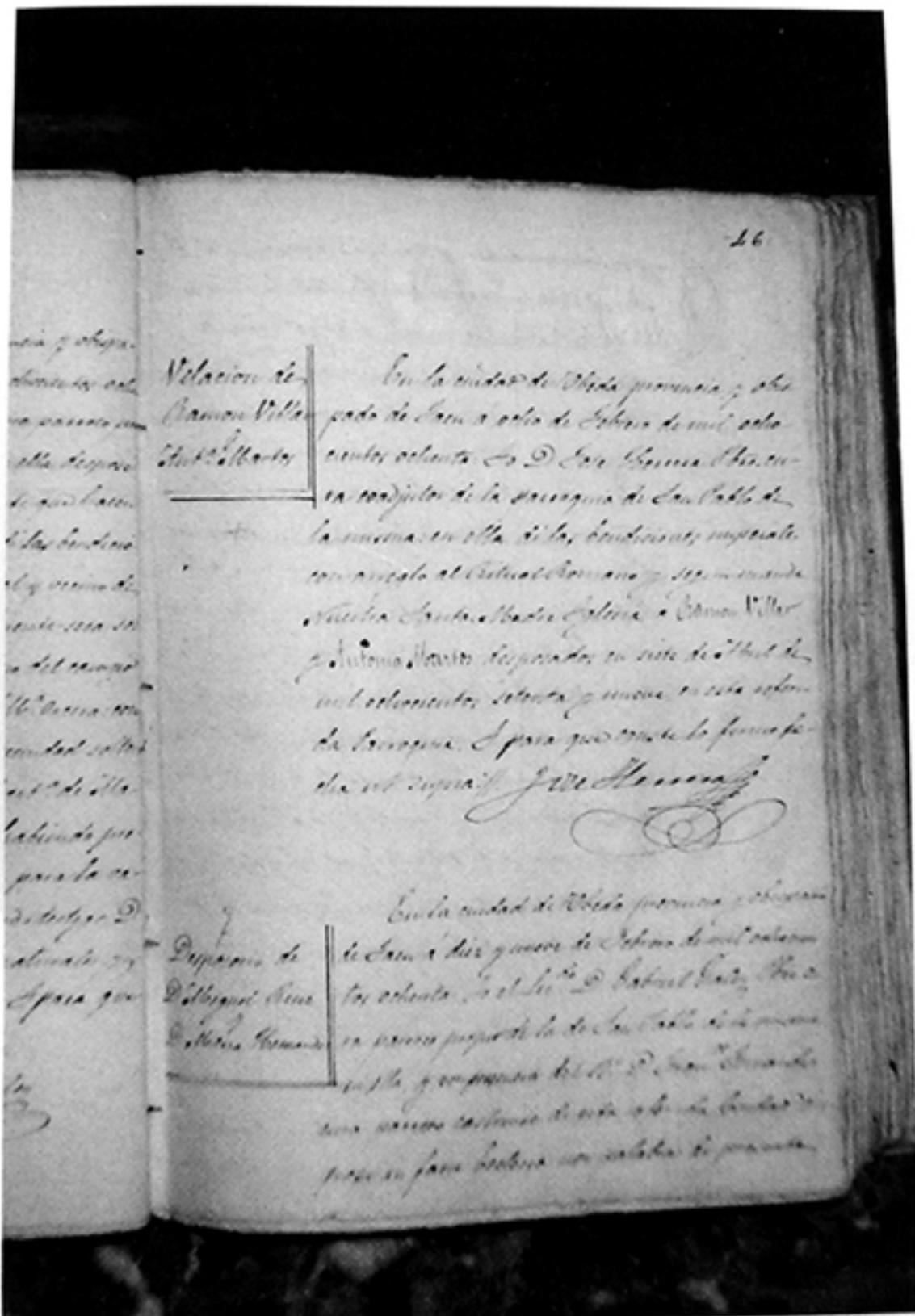
M. R. P.



ANEXO IV



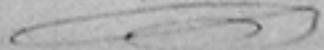
Partida de Bautismo de Miguel Ruiz Prieto
(Parroquia de San Nicolás).



Acta matrimonial de Miguel Ruiz Prieto y María Fernández (1880).
(Parroquia de San Pablo).

que hacen verdaderamente legítimos el matrimonio a D.
 Miguel Cruz natural de esta Ciudad residente en
 la Isla de Mallorca soltero en edad avanzada y
 celoso hijo, fuéramos Coronel Comandante del primer
 Batallon de granaderos de Infanteria de Mallorca en
 su juventud y jefe de granaderos en la referida
 Isla y hoy Capitán de D. Miguel Cruz y D. Juan
 de Cruz con D. Maria Dulcinea Hernandez natural
 de esta villa vecina de esta Ciudad y Casaca a la re-
 no casol una soltera en edad veniente y tres años
 hija legitima de D. Juan Hernandez y D. Ana
 Luisa Lucada habiendo precedido todo lo re-
 querido necesario para la validez y libertad de
 este matrimonio y siendo testigos D. Bal-
 vino Lucada y D. Juan de Dios de Mallorca na-
 turales y vecinos de esta referida Ciudad el pa-
 que consta extendido y autorizado por el presente pu-
 blico por primer fecha del supra

Yo el Jefe de la



Desp. y Not. de
 Vicente Cruz y
 Juana Maura

En la ciudad de Villa nueva y obispo
 de la Isla de Mallorca de mil ochocientos
 ochenta y tres años. Yo el Jefe de la

ANEXO V



Lápida mortuoria de Ruiz Prieto en el cementerio de San Ginés de Úbeda.



Lápida mortuoria (en el cementerio de San Ginés de Úbeda) de Ruiz Prieto y su hermana Juana. Transcripción «D. Miguel Ruiz Prieto Tente Coronel. Falleció el 12 de abril de 1899, a los 68 años. Dña. Juana Ruiz Prieto murió el 3 de noviembre de 1910, de 64 años».

ANEXO VI



Casa natal de Ruiz Prieto en la calle San Nicolás.

ANEXO VII

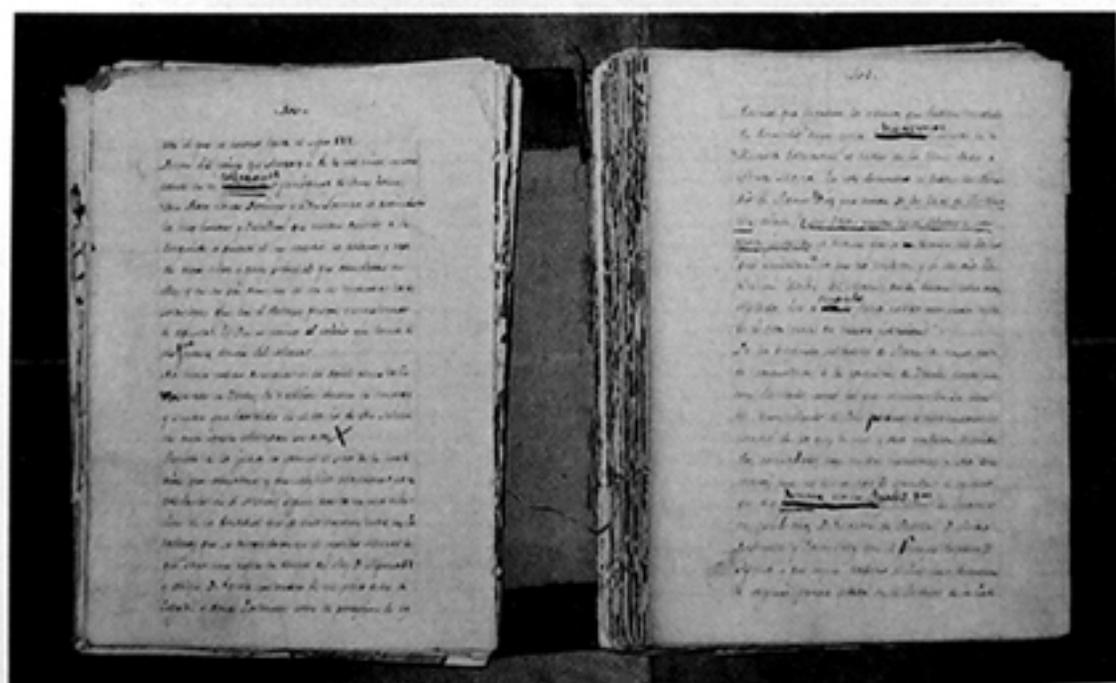
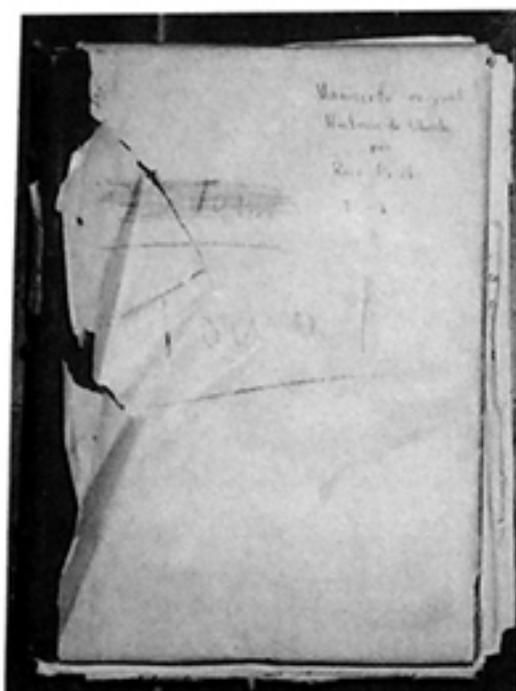


Álbum familiar de Ruiz Prieto: (Antonio y Francisco). Sus hermanos y la madre, arriba; abajo: retrato de Ruiz Prieto que ilustró la 1.^a edición de su historia de Úbeda, y fotografía de su esposa, María Hernández. (Archivo de los familiares de Miguel Ruiz Prieto).



Su hermana Isabel y tres de sus hijas, arriba; abajo: su sobrino Miguel Molina Ruiz, hijo de Isabel, que fue su asistente durante el servicio militar.

ANEXO VIII



Detalles del manuscrito original de Ruiz Prieto que compró el Ayuntamiento de Úbeda.
(Archivo Histórico Municipal).